

Una aproximación a lo femenino en María Zambrano

Isabel Balza

Voy a examinar la posición de Zambrano ante la cuestión de lo femenino. Son conocidas las declaraciones de la filósofa apartándose del movimiento feminista de la época, así como su rechazo a ser considerada una "pensadora". Sin embargo, no puede negarse la presencia en Zambrano de una preocupación por los temas relacionados con el género, que se plasma en varios escritos vinculados con esta cuestión¹. La primera serie de artículos sobre la mujer aparece en el periódico de Madrid *El Liberal*, en la sección "Aire libre", en una columna titulada "Mujeres", a partir del 28 de junio de 1928. Son una serie de 15 artículos publicados casi semanalmente, y los temas tratados son de carácter social. Zambrano repasa en estos artículos algunas preocupaciones del feminismo como son: la participación de la mujer en la vida pública; la explotación de la mujer por parte del hombre; su condición de objeto; la necesidad de la emancipación económica como primer paso -necesario, pero no suficiente- hacia la liberación y libertad de las mujeres; la situación de las mujeres obreras o la violencia de género. Años más tarde y ya en el exilio, en 1940, Zambrano dictó una serie de conferencias en La Habana sobre la situación de la mujer en la historia, conferencias que fueron recogidas en dos artículos publicados en la revista *Ultra*. Los otros textos que nos sirven para analizar la posición de la filósofa

ante la cuestión del género y lo femenino son ensayos dedicados a estudiar diversas figuras femeninas, ya sean personajes de ficción -caso de las mujeres de Galdós-, ya sean mujeres reales. En estos textos Zambrano se plantea distintas cuestiones vinculadas a pensar lo femenino, y a lo que significa ser mujer. Estas mujeres de Zambrano, sobre las que más o menos escribe, son Safo, Eloísa, Sor Mariana Alcoforado, Diótima de Mantinea, Antígona, Lucrecia de León, las mujeres de Galdós -Nina, Tristana, Fortunata e Isidora-, Beatriz, Juana de Arco, Catalina de Siena, Bernardette y Simone Weil.

Para Zambrano la filosofía presenta un género neutro. De este modo pueden interpretarse las repetidas ocasiones en que Zambrano insiste en sus prólogos e introducciones en referirse a sí misma como *autor* y no *autora*, esto es, utilizando el género no marcado. Recordemos que para Zambrano lo escrito, constituyendo un trabajo de la palabra, no pertenece en rigor al sujeto concreto que lo forjó, ya que éste es sólo una epifanía de la palabra, que en el trabajo del escribir se trata de trascender. Por ello puede afirmar que el escritor o autor presenta un género neutro, es decir, un género más allá de la diferencia sexual. En este sentido, podemos intuir que Zambrano piensa al sujeto filosófico

¹. Estos textos son: "Mujeres", serie de 15 artículos publicados en *El Liberal* de Madrid 1928; "Conferencias de María Zambrano en La Habana: "La mujer de la cultura medioeval", "La mujer en el Renacimiento", "La mujer en el Romanticismo", *Ultra*, La Habana, nº 4, abril-mayo 1940, pp. 275-278 y 367-368; "Mujeres de Galdós", *Rueca*, México, nº 4, otoño 1942, pp. 7-17; "Eloísa o la existencia de la mujer", *Sur*, nº 124, Buenos Aires 1945; "A propósito de la "Grandeza y servidumbre de la mujer" [de Gustavo Pittaluga]" (fechado en 1946), *Sur*, Buenos Aires, nº 150, abril 1947, pp. 58-68; "Delirio de Antígona", *Orígenes*, nº 18, La Habana 1948, pp. 14-21; "Nina o la misericordia", *Ínsula*, Madrid, nº 151, junio 1959, p. 1; *La tumba de Antígona*, Siglo XXI, México 1967; "Diótima de Mantinea" (escrito en 1979), *Litoral*, Málaga 1983; "La doncella y el hombre. La pérdida de España", en *Sueños y procesos de Lucrecia de León* de E. Simons y J. Blázquez, Tecnos, Madrid 1987, pp. 11-19; "Tristana-El amor (fechado en 1970)", en *La España de Galdós*, Taurus, Endimiión, Madrid 1989, pp. 145-175.

como una suerte de ser transgénico, que ha traspasado las diferencias sexuales y ajeno, por lo tanto, a la división dualista de los sexos. No obstante, no olvidemos que para Zambrano lo escrito guarda y mantiene la huella del sujeto que lo produce bajo forma de *balbuceo*, es decir, en el estilo del texto. Por ello la producción filosófica mantendrá la huella del sexo de quien lo escribió. En todo caso, si Zambrano justifica teóricamente la no discriminación para las mujeres del terreno filosófico, ello no impide que sí piense las diferencias entre los sujetos masculinos y los femeninos, y sus avatares históricos.

En 1945 Zambrano publica un artículo titulado "Eloísa o la existencia de la mujer". Además, en 1946 escribe la reseña del libro de Gustavo Pittaluga *Grandeza y servidumbre de la mujer*, publicada en 1947. Y en 1940 ha dictado una serie de conferencias en La Habana, cuyo tema era analizar la situación histórica de las mujeres. En estos textos Zambrano debate una cuestión: la posible existencia metafísica u ontológica de las mujeres. Y defiende una tesis: las mujeres han tenido una existencia poética frente a la existencia ontológica privativa de los varones. Zambrano entiende que las mujeres no han alcanzado un lugar a lo largo de la historia, es decir, que no pertenecen al curso objetivado de los acontecimientos reseñados. La Historia, siendo un modo de la objetividad, no ha sido espacio posible para las mujeres, afirma Zambrano. Frente a este espacio histórico, las mujeres ha ocupado un espacio subterráneo o escondido. Frente al lugar objetivo del hombre en la historia y en el mundo, la mujer ocupa un lugar subterráneo, lugar que es rescatado por la poesía. Por ello, Zambrano formula una nueva dicotomía, en este caso, asocia el logos y la razón con el hombre, y la poesía con la mujer. Ello se entiende si recordamos que el discurso poético es para Zambrano aquel ejercicio de la razón que se ocupa de todo lo que el discurso racional o científico desecha: lo que en la autora aparece englobado bajo el término entrañas: lo escondido, lo oculto, aquello en definitiva que no ha alcanzado ser.

Las dicotomías que Zambrano elabora en el artículo de 1945 son varias: hemos visto que el hombre tiene una existencia ontológica frente a la existencia poética de la mujer; la objetividad es patrimonio masculino, frente a la subjetividad femenina; además el hombre es el poseedor del logos, y la mujer sede de lo

poético. Todo ello se resume con dos categorías que Zambrano utiliza a lo largo de toda su obra: sagrado y divino. El hombre se asocia con lo divino, que recordemos era lo vinculado con el logos y la palabra, aquello que tiene una existencia concreta; y la mujer se asocia con lo sagrado, esto es, con lo que no ha alcanzado ser, con aquello desterrado del concepto. La negación de existencia metafísica para las mujeres significará que la mujer es sagrada en el sentido en que queda desterrada del concepto, fuera de la palabra, sin lugar en la razón. A las mujeres se les ha negado lugar racional, y ello las ha arrojado al estatuto irracional que muchas veces han presentado a lo largo de la historia. Ello, dirá Zambrano, se aparece bajo forma de brujas, hechiceras, mujeres monstruosas, enajenadas y malditas.

Zambrano defiende que la mujer no ha tenido modo de existencia ontológica, pero sí analiza una manera específica de existencia para las mujeres. Este modo de existencia y de expresión femeninos lo encuentra Zambrano en el *amor*. La tesis de la autora es que si bien las mujeres han sido seres dependientes de la existencia masculina -tema central de *El segundo sexo* de Beauvoir-, y que sólo a través del ser de los hombres han hallado estatuto de sujetos, las mujeres también han sido "algo por sí mismas". Este modo de ser propio de las mujeres es el amor. Y hay dos géneros de expresión amorosa: la poesía, cuya representante máxima es para Zambrano Safo; y el epistolario, cuya representante es Eloísa². Para Zambrano la expresión del amor y de ese modo de acceso a la existencia es fruto de la desventura, pues "el amor que se expresa es el amor desventurado", dice Zambrano en el artículo arriba citado. La tesis que mantiene es que la expresión de la mujer, sea poética o epistolar, revela que lo que en ella predomina es el alma, frente al espíritu, propio del ser del hombre. El alma que se refiere en Zambrano al ámbito preteórico o de aquello que aún no ha accedido a la palabra, pero que la sostiene. Alma, lo sagrado, las entrañas, estos son los términos con los que Zambrano define a las mujeres. Las mujeres han sido arrojadas y expulsadas del concepto, no teniendo cabida en él. Pero por ello mismo su ser se ha mostrado bajo las distintas figuras terribles de los mitos y de la historia.

Zambrano entiende que la definición de ser humano contiene sólo al varón, y que la mujer queda

². También menciona Zambrano a Sor Mariana Alcoforado, la monja portuguesa del siglo XVII.

fuera de los límites del concepto de sujeto humano. Por ello el ser femenino sólo adquiere existencia en tanto que depende del hombre. Esta crítica es una de las tesis desarrollada más tarde por la teoría feminista. En el caso de Zambrano, su análisis se dirige a estudiar qué ha ocurrido con esos semiseres femeninos rechazados del concepto de lo humano. Las mujeres posesas o hechizadas, dice Zambrano, se encuentran en una situación errabunda, sin lugar ni en la vida ni en la muerte. Sólo la poesía rescata esos medio seres no humanos, dándoles existencia poética. A Zambrano le interesan esas figuras femeninas errantes que aparecen en los mitos y relatos bajo forma de hechiceras y brujas, mujeres malditas. Lo que Zambrano señala es que la situación de las mujeres expulsadas del concepto de lo humano y, por lo tanto, malditas y cercanas al estatuto de lo monstruoso, se revela como una situación privilegiada para desvelar notas del sujeto que en la mera definición del sujeto humano identificada con el varón habían quedado ocultas.



Zambrano distingue entre estas mujeres abyectas, expulsadas de la categoría de lo humano, dos estirpes. La estirpe de Eloísa o de las "amantes desgraciadas o desdichadas", "amantes sin amor" que no quieren perder su dolorido sentir y se aferran a él haciéndolo suyo para siempre. Y la estirpe de Antígona, la de las "doncellas muertas" o "vírgenes intactas". Sobre Eloísa dejó escrito este texto de 1945. A Antígona le dedicó un libro en 1967, *La tumba de Antígona*, donde continúa la historia de Antígona en el punto en el que la dejó Sófocles, en su tumba enterrada viva. La hazaña de Eloísa es para Zambrano la de actualizar una posibilidad para la realidad y existencia de las mujeres por medio de su pasión. La Antígona enterrada viva en su tumba, doncella que va a morir sin haber actualizado su posibilidad, representa para Zambrano todo aquello escondido y oculto que cada sujeto tiene en su conciencia. Antígona es imagen del alma, en tanto que representa lo oculto o no revelado todavía. Si Eloísa actualiza con su padecer un rasgo que permanecía oculto para las mujeres, Antígona parece encontrarse en el centro mismo de lo oculto, y rescatar de su silencio un modo otro de tratar con lo real. La enseñanza de Antígona es la de una nueva ética: una ética de la *piEDAD*. Frente a la ética de la justicia que Creonte representa, Antígona muestra un modo otro de vínculo con la realidad. El anhelo de Antígona es el de hallar una justicia piadosa, y así, sin renunciar ni desplazar a la justicia, añade un nuevo rasgo a la ética de la ciudad.

Isabel Balza es Profesora Titular de Filosofía Moral de la Universidad de Jaén